

EXPERIENCIA DISCENTE EN LOS ESTUDIOS DE FILOLOGÍA Y HUMANIDADES DE LA MITOLOGÍA GRIEGA, LA LITERATURA Y LA CREACIÓN LITERARIA*

MAGDZIARCZYK, Barbara

m_barbara@ymail.com

LÓPEZ FELICES, Enrique

elfelices@gmail.com

MARTÍNEZ PARRA, Daniel

maestro_de_esgrima09@hotmail.com

Fecha de recepción:

8 de julio de 2010

Fecha de aceptación:

22 de julio de 2010

Resumen: En este trabajo se presentan tres creaciones literarias, cada una exponente de un género distinto, realizadas por alumnos de Filología y Humanidades. Los textos de Barbara Magdziarczyk y Enrique López Felices, poesía y narrativa respectivamente, son prácticas para la asignatura «Mitología Griega» propuestas a modo de evaluación de su competencia mitológica en torno a un personaje de la *Odisea* asignado al azar; el

* Estos trabajos han sido realizados para la asignatura «Mitología Griega» y el «I Curso de Teatro Grecolatino», y han contado con la guía de la Dra. Lucía Presentación Romero Mariscal, profesora del área de Filología Griega de la Universidad de Almería.

Philologica Urcitana

Revista Semestral de Iniciación a la Investigación en Filología

Vol. 3 (2010) 43–69

Departamento de Filología – Universidad de Almería (ISSN: 1989-6778)

último, un texto dramático, fue escrito por Daniel Martínez Parra durante el «I Curso de Teatro Grecolatino».

Palabras clave: Mitología griega, literatura, creación literaria, poesía, relato corto, drama, *Odisea* de Homero, Himno a Hermes, *Sine Die*, Odiseo y Nausícaa.

Abstract: In this paper three literary writings, each one belonging to a different genre, are offered by students of Philology and Humanities. The texts written by Barbara Magdziarczyk and by Enrique López Felices belong to the poetic and narrative genres respectively, and they were made as exercises for the course entitled «Greek Mythology», where students should prove their mythological knowledge of a character from the *Odyssey* that they were assigned by lot. The text written by Daniel Martínez Parra is a dramatic dialogue composed for the «First Course of Greco-Roman Dramaturgy».

Keywords: Greek mythology, literature, literary works, poetry, short story, dramatic dialogue, Homer's *Odyssey*, Hymn to Hermes, *Sine Die*, Odysseus and Nausikaa.

INTRODUCCIÓN

Hay quien dice que la idea de que el futuro se construye sobre el pasado es filosofía barata. Nosotros, los estudiantes universitarios, nos sentimos en cierto modo valedores del futuro, así como nuestros profesores lo son del presente. Hablamos, cómo no, del futuro y el presente de nuestra cultura. Quizás suene pretencioso, pero ¿quién mejor que nosotros para debatir esta importante cuestión? En lo concerniente a la Filología y las Humanidades, el pasado es el pilar sobre el que se asienta todo cuanto estudiamos. La historia, la literatura comparada, la etimología o la hermenéutica, por citar algunas ramas del saber, nos remiten a los precursores de nuestra cultura y nos permiten conocernos a nosotros mismos: saber cómo éramos antes para entender cómo somos ahora e intuir cómo seremos después. No hay duda de que la literatura, crisol vinculado a todas las ciencias y artes del mundo, es la columna vertebral que conecta todas las épocas, todos los estadios del pasado, y vierte sus descubrimientos en el presente. No obstante, la propia literatura también tiene su columna: la mitología. No haría falta un estudio en profundidad para demostrar que la mitología, y muy especialmente la mitología griega, es la materia prima con la que más se ha tejido, se teje y posiblemente se tejerá el entramado literario de la cultura occidental¹. Al fin y al cabo, el mito fue antes que la literatura. Es un dato muy revelador que el *Ulysses* de Joyce, el paradigma de un género narrativo moderno que es el resultado de miles de años de evolución literaria, sea una revisión de la *Odisea*, a su vez paradigma de la epopeya, género seminal de la épica, el drama, la lírica y la novela. La tradición mitológica no ha sobrevivido al paso del tiempo por casualidad: los mitos griegos están aquí para hablarnos de nosotros mismos. Una de nuestras más importantes labores como estudiantes de Filología y Humanidades pasa por recoger ese testigo y utilizar las herramientas a nuestro alcance, con la creación literaria a la cabeza, para proyectar al futuro todo este saber ancestral.

Los trabajos que aquí se presentan son consecuencia de la pasión de unos estudiantes de Filología y Humanidades por las letras y la mitología, y de la paciencia con la que sus profesores han sabido cultivar en ellos dichas inquietudes. Sin embargo, también son la confirmación de que la suma de creación literaria y mitología griega es una fórmula infalible para la aproximación del alumno a la tradición de su propia cultura. En este caso se ha optado por la *Odisea* y sus personajes como punto de partida.

La *Odisea* es una obra de múltiples caras; tantas como lectores la han abordado. Su más destacado protagonista es uno de los héroes que conforman el entramado de la literatura

¹ En este sentido, son valiosísimas las disciplinas de estudios de tradición clásica y recepción, que exploran esta relación, compleja y rica, entre mito, literatura, autores y lectores.

occidental: Odiseo, ese hombre que vaga entre la contemporaneidad y el arcaísmo y del que hasta nuestros días continúan arrojando nuevas perspectivas lectores y filólogos². En efecto, conocer en profundidad a Odiseo y seguir sus aventuras, motivos universales de la literatura, hace que el estudiante tome conciencia de la fuerza con la que el mundo clásico sigue vigente en nuestros días y lo convierte, como se ha dicho, en un nuevo canal a través del cual los mitos griegos sigan siendo algo más que lugares comunes de nuestra cultura³. Episodios tan célebres como el del cíclope o el de las sirenas adoptan las más variadas formas a lo largo de toda la historia literaria occidental y conforman el imaginario colectivo de toda una cultura. ¿Y cómo lograr que el alumno profundice en la imagen de personajes como Odiseo? Lógicamente, un primer paso sería el de la lectura de fuentes primarias como las obras madre de Homero, *Iliada* y *Odisea*, así como de la *Teogonía* de Hesíodo, la *Eneida* de Virgilio, las *Metamorfosis* de Ovidio o las tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, entre otros. Como fuentes secundarias disponemos de numerosos diccionarios de mitología, como las célebres obra de Pierre Grimal, de Y. Bonnefoy, o de Chr. Harrauer & H. Hunger, así como de otras aportaciones imprescindibles entre el caudal de material mitográfico que podemos encontrar en cualquier biblioteca universitaria que se precie, como *Los mitos griegos* del inefable Robert Graves, por mencionar otro ‘clásico’. No nos olvidamos, por supuesto, del anteriormente citado *Ulysses* de James Joyce o la *Ítaca* de Kavafis como algunas de las más destacables manifestaciones literarias que remiten explícitamente a la *Odisea*. Desde las tragedias hasta las novelas más recientes, todas las obras derivadas de los clásicos griegos ofrecen distintos y complementarios matices sobre la imagen de los personajes mitológicos.

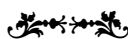
El mito se sustenta en el pensamiento que configura el imaginario colectivo de una cultura. El poeta, a partir de esa imaginación común, configura la estructura de su discurso a través de la revisión de los mitos; para él son uno de los recursos más valiosos. Todo autor, clásico o contemporáneo, narra a partir de los mitos de su cultura cuando compone sus obras. Particularmente, la mitología griega recoge los hechos legendarios de una edad remota para los propios griegos; un mundo de dioses, sucesos sobrenaturales e historias con

² Citemos, por ejemplo, de entre la larga nómina bibliográfica al respecto, las monografías ya clásicas de STANFORD, W.B. (1963²), *The Ulysses Theme. A Study in the Adaptability of a Traditional Hero*, Oxford: Basil Blackwell; BOITANI, P. (2001), *La sombra de Ulises. Imágenes de un mito en la literatura occidental*, Barcelona: Península (ed. orig. Bolonia: Il Mulino, 1992) y CITATI, P. (2008), *Ulises y la Odisea. El pensamiento iridiscente*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

³ Vid. BOMPIANI, V. (2006), *Diccionario literario Bompiani de obras y personajes de todos los tiempos y todos los países*, Barcelona: Hora, s.u., y BRUNEL, P. (1988), *Dictionnaire des mythes littéraires*, Paris: Éditions du Rocher, s.u.

las que transmitir enseñanzas rememorando la actitud y las hazañas de los héroes. Los mitos griegos representan la inmortalidad de los pilares culturales de una sociedad que aspiró a reflejarse en sus héroes y dar culto a sus dioses, protagonistas sempiternos de una tradición viva.

A modo de ejemplo, presentamos a continuación tres trabajos de creación literaria que realizamos tres alumnos de mitología griega bajo tres diferentes formas poéticas: la lírica, con el *Himno a Hermes*; la prosa, con el relato onírico sobre Hermes *Sine Die*; y el drama, con la obra *Odiseo y Nausícaa*. En ellos hemos intentado plasmar nuestros conocimientos de los personajes del mito de un modo al mismo tiempo tradicional y original, como hemos venido diciendo en esta introducción. Con ello hemos querido también compartir nuestra experiencia discente de la mitología griega y su relación con la literatura y la creación literaria en el ámbito de los estudios de Humanidades y Filología.



HIMNO A HERMES

Barbara Magdziarczyk

Eres tú quien trae las palabras de los dioses,
Aunque tu mensaje nunca está claro.

El mediador divino entre lo alto y lo bajo,
Para ti no hay ninguna frontera ni ningún límite.

Con tus sandalias aladas llegarás al fin del mundo,
sobre el agua y las tierras, divino hijo de Zeus⁴.

Dios de la astucia y el maestro de engaños⁵,

⁴ Hermes fue hijo de Zeus y Maya, una de las Pléyades, hija de Atlas. Cf. *h.Merc.* vv. 1 y 3-12.

⁵ Hermes negó ante Zeus haber robado los bueyes de Apolo, como se ve con gracia en el famoso *Himno Homérico* a este dios: cf. *h.Merc.* vv. 367-386.

Señor del intercambio y del contrato.

No por ser el dios de los viajeros,
dejaste de ser el príncipe de los ladrones.

Mentiroso hasta ante el tribunal de Zeus,
Porque de tu boca salen las palabras ambiguas y lisonjeras.

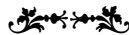
Pues nunca sabrán los humanos qué pueden esperar de tu mensaje,
Eres tan avaro como benefactor.

Conduces las almas hacia la morada de los muertos,
Con la vara dorada cierras y abres los ojos de los mortales.

Despiertas a quienes tú quieres,
Salvador del héroe, del mortal quien heredó de tu astucia⁶.

¡Oh, Psicopompo⁷!

En tu nombre está escrita una incertidumbre,
Igual que rapidez, ya que siempre estás en movimiento.



⁶ Se trata de Odiseo, quien desciende por línea materna de Hermes, padre de su abuelo Autólico.

⁷ Psicopompo (del griego *psychopompós*, que se compone de *psyché*, «alma», y *pompós*, «el que guía o conduce»), *i.e.* que conduce al hades las almas de los difuntos. Un ejemplo impresionante de Hermes Psicopompo lo encontramos al principio del canto XXIV de la *Odisea*, cuando el dios conduce las almas de los pretendientes muertos por Odiseo.

SINE DIE

Enrique López Felices

– Uno –

Justo antes de despertar, tuve un sueño.

Yo era un viejo campesino que cavaba una pequeña zanja alrededor de un viñedo. La calma de la madrugada únicamente era quebrada por los impactos de mi azada y el relinchar de algún caballo⁸ en la distancia. Si miraba en lontananza, podía ver el plateado reflejo de la luna sobre la rocosa cordillera que delimitaba el valle y la negrura del frondoso bosque que abrigaba sus pies. El mar debía estar cerca, tras las montañas, pues hálitos constantes de aire fresco traían el suave aroma del salitre. Cuando ya faltaba poco para que la aurora asomara por el horizonte, oía el mugir de unas vacas que venían por el camino. A medida que se aproximaban, lo que parecía una ilusión suscitada por las sombras de la noche se iba materializando en algo real: las vacas caminaban hacia atrás, al igual que el infante que, desde la cola de la manada, las dirigía con una varita. El niño, que llevaba puestas unas extrañísimas sandalias hechas de ramas de árbol, y que dejaban unas huellas monstruosas⁹, se paraba en el tramo más cercano a mi viñedo y me hablaba. Aún recuerdo cada una de sus palabras¹⁰:

—Oh corcovado anciano, que cavas la tierra en torno de las vides; abundante vino llenará tus odres este otoño. Mas, ahora, sé ciego ante lo que ven tus ojos y sordo ante lo que tus oídos oyen; y sé mudo ante el impulso de contar lo que ningún perjuicio supone para ti.

Dicho esto, el singular zagal seguía andando del revés y se adentraba en el bosque con las reses. Yo continuaba mi labor nocturna y, tras una onírica elipsis, me encontraba bajo el sol levantando la cerca sobre la zanja que había estado cavando. El sudor resbalaba por mi

⁸ Estamos en Onquesto, la tierra de Posidón, cuyo animal es el caballo.

⁹ Cf. *h.Merc.* vv. 78-81. «Tiró enseguida las sandalias sobre la arena del mar y trenzó otras que sería difícil explicar o entender, ¡cosa admirable!, entrelazando ramos de tamarisco con otros que parecían de mirto». Traducción de José Banqué en la editorial Cátedra.

¹⁰ En una primera redacción el nombre del capítulo era «La palabra de un dios nunca se olvida». Mientras todo lo hablado por dioses se conserva perfectamente en la memoria del protagonista, a lo largo del relato sólo recuerda algunas palabras dichas por hombres.

espalda hasta el calzón y sentía cada una de las siete vueltas que las correas de los borceguíes daban a mis piernas, hinchadas ya tras horas de duro trabajo. Mientras pensaba en tomarme un merecido descanso, llegaba por el camino un poderoso señor de la guerra vestido con una reluciente armadura de escamas y armado con un robusto arco de plata. La belleza del joven superaba a la de cualquier hombre o dios; su mera presencia aliviaba mi fatiga. Incluso la luz del sol ganaba intensidad con su aparición¹¹. Se dirigía a mí con su melodiosa voz.

—Oh amigo, que aun en tu senectud cuidas la tierra de tus padres; dime si acaso tus ojos han visto pasar a un varón que llevara con él una vacada; o si, al menos, ha llegado el alboroto del ganado a tus oídos. Esas vacas, que pastaban la blanda hierba de mi verde hato en compañía de un vigoroso toro negro y cuatro fieles mastines, fueron robadas en el día de ayer tan pronto el sol se puso tras el horizonte¹².

Convencido de que el guerrero había sido víctima de las travesuras de un chiquillo, decidía relatarle lo ocurrido durante la noche. Acto seguido, cuando ya se disponía a retirarse, llamaba la atención del joven un enorme halcón cuyo vuelo se detenía a observar, aparentemente, con la intención de inferir en él algún dato revelador¹³. Yo, que no gozaba del don de la mántica, seguía la trayectoria del ave en vano sin hallar ninguna anomalía en su comportamiento. Finalmente, la silueta del halcón se desvanecía.

No sé muy bien en qué momento desperté; el azul de ambos cielos era exactamente el mismo. Me encontré postrado en una camilla con una bala atravesando mi pecho. El tifón había pasado; la Gran Guerra continuaba.

Quisiera recordar todos y cada uno de los momentos que Wilhem y yo compartimos antes del último suceso, pero no es así. Por fortuna, todavía no he olvidado ninguno de los tres sueños que ilustraron mis pérdidas de consciencia durante aquella semana de otoño. El del niño y las vacas había sido el primero de ellos. Wilhem y yo aún no sabíamos que soñábamos lo mismo. ¡Fue todo tan extraño! No obstante, si quiero que mi historia tenga algún sentido he de remontarme varios días atrás desde entonces.

¹¹ Apolo, hermano de Hermes, es el dios de la belleza, de la Medicina y de la luz, entre otras cosas.

¹² Tanto este monólogo como el anterior son versiones libres de los originales. Cf. *h.Merc.* vv. 90-4 y 190-211.

¹³ Apolo posee el don de la adivinación. En el himno homérico descubre al ladrón de sus vacas al observar el vuelo de un ave de anchas alas: *h.Merc.* vv. 213-214.

– Dos –

Me acuerdo con claridad del momento en el que vi por primera vez al misterioso joven de las sandalias aladas. Fue en las trincheras japonesas que los alemanes, entre los que yo luchaba, habían ganado al bando aliado; unas millas al noreste de Lao Shan, la montaña sagrada.

El desánimo, que reinaba en la tropa desde su fatídico encontronazo con el ejército japonés en la mañana del 13 de septiembre, se había visto sustituido por una arriesgada sensación de confianza cuando, pasado algo más de un mes de encarnizados enfrentamientos, el viejo destructor alemán S90 lanzara un torpedo contra el Takachiho. El crucero japonés, que participaba en el bloqueo aliado del puerto de Tsingtao, se hundió junto a dos centenares de soldados y supuso la ruptura de las líneas aliadas que asediaban el último bastión germánico en China; sin embargo, la posterior huida del S90 hacia el sur también se tradujo en el debilitamiento de las defensas portuarias de los alemanes al quedar en Tsingtao solamente el Jaguar y el austro-húngaro Kaiserin Elizabeth. Los informes sobre la situación en tierra, en los que ésta era interpretada erróneamente por mis neutrales compatriotas chinos, también lanzaron un rayo de falsa esperanza sobre las filas alemanas: por un lado, las inundaciones causadas por el fuerte tifón que azotaba la región se habían cobrado menos bajas japonesas de las que constaban; por otro, la llegada de mil quinientos soldados de infantería británicos fue recibida como una muestra de que la ofensiva aliada estaba siendo repelida eficazmente, cuando la realidad era que habían sido enviados a modo de apoyo simbólico con la intención de que los japoneses no alegaran haber sido el único ejército aliado involucrado en las refriegas y reclamaran el territorio tras nuestra derrota. Alentados, mis compañeros y yo conseguimos ganar algo de terreno y hasta dispusimos de unas preciosas horas antes de que los enemigos restantes, el triple en número, descendieran por la pendiente que gobernaba las trincheras y se fundieran con nosotros en una vorágine de muerte.

La incesante lluvia, que caía transparente sobre nuestros cascos, a nuestros pies llegaba teñida de rojo y fluía en riachuelos entre los cuerpos ya exánimes de amigos cuya pérdida no podíamos llorar. Allí, en mitad de aquel páramo infernal, no luchábamos por la victoria; luchábamos por la supervivencia. Algunos hombres gritaban maldiciones contra Japón, Gran Bretaña y todas las fuerzas aliadas; otros lo hacían contra el propio Reich, con especial dedicatoria al megalómano Kaiser; la mayoría, sin embargo, no decíamos nada. A mí, personalmente, me inquietaban poco los motivos por los que se enfrentaban aquellas naciones; lo único que me movía, y también a la mayoría de militantes chinos, era evitar que los aliados destrozaran nuestra pequeña ciudad. Para mi pueblo era preferible convivir con los alemanes, quienes habían tomado Tsingtao en 1897, el año que acabaron las

Guerras del Opio y, también, el que nació yo. Ellos construyeron Ba Da Guan, su distrito, y no solían causar molestia alguna a los locales. Si aquella solo era la visión de un niño que no conocía otra realidad, la de este espíritu viejo no ha cambiado en absoluto. Confucio dijo: «sé como el sándalo, que perfuma el hacha que lo corta»; pero no perfuma el fuego que lo quema, añadiría. La invasión japonesa no era bienvenida.

Sí... Ahora lo recuerdo. Las imágenes son de una viveza que hiera.

Sangre, sudor, gritos y estallidos... y, repentinamente, una quietud sobrenatural anega el campo de batalla; sólo perdura el sonido del aguacero, que adopta una musicalidad¹⁴ casi mágica. Noto mi desasosiego trocarse en paz; mis manos ya no sujetan el fusil, pero este no produce sonido alguno al caer. Qué calidez tan extraña y, a la vez, tan natural y familiar; qué embriagadora fragancia, mezcla de dos ingredientes foráneos: el ozono que las gotas arrastran desde el cielo y la hoja del olivo¹⁵. Deja de llover. Creo escuchar el canto de un gallo¹⁶ en la lejanía. Oigo cómo algo, detrás de mí, remueve el barro arrastrándose lentamente; me giro, a duras penas, y quedo asombrado ante la visión de una tortuga¹⁷. Qué curioso. Parece que esté allí, en 1914; que no hubiera transcurrido ya más de una vida. ¡Tal fue mi conmoción al alzar la vista y presenciar aquella extraordinaria escena! Un manto de devastación cubría las trincheras. Los cuerpos mutilados imprimían una nota de injurioso color sobre un lienzo dominado por el gris del barro, los uniformes y las nubes. Él llegó del cielo, precedido de un fulgor dorado. Era un joven de inusitada belleza clásica, de rubios cabellos bajo un sombrero alón¹⁸, con una capa color hueso como única prenda y, como calzado, unas sandalias con brillantes alas de oro. También de oro era la vara, rematada por dos cintas blancas cruzadas entre sí¹⁹, que sujetaba con su mano izquierda. Daba pasos en el aire con la gracia de un dios; caminaba por un sendero invisible a los ojos de los mundanos, dejando una estela el áureo resplandor que lo envolvía. Cuando estuvo más cerca, me

¹⁴ Aunque Apolo es el dios de la música, a Hermes también se le atribuía este arte.

¹⁵ El olivo también se le atribuye a veces a Hermes, pero por lo general es a Atenea.

¹⁶ Los griegos sacrificaban un gallo a Asclepio, hijo de Apolo, en los rituales tras la muerte de una persona; este iría al otro mundo a anunciar la llegada del difunto y conduciría el alma hasta allí. Cuando a Hermes se le comenzó a considerar el *psicopompós* de la mitología griega, el gallo pasó a ser símbolo del dios.

¹⁷ Otro de sus símbolos, debido a la historia de la invención de la lira a partir del caparazón de una tortuga.

¹⁸ Aunque también se representaba a Hermes con un casco alado, he preferido basarme en la tradición que lo representaba con el *pétasos* o sombrero de viajero.

¹⁹ Primero fueron dos hebras de lana, más tarde dos cintas blancas y, por último, dos serpientes. Sencillamente, y como en el caso del *pétasos*, he preferido optar por las cintas blancas. Es mi configuración personal de Hermes.

percaté de que el adolescente, al que apenas asomaba el bozo, doblaba en estatura a un hombre normal. Mas no se me heló entonces la sangre como cuando, tras enarbolar su vara tan insólito personaje, comenzó a brotar del cuerpo de cada soldado caído su alma; como una sombra de lo que había sido; como el reflejo de su viva imagen en el agua turbia. Unían sus manos las ánimas y seguían en procesión los pasos del muchacho por el camino de aire, varias brazas sobre las trincheras, dejando atrás la vida terrena. Pero hubieron de posponer la marcha cuando, de improviso, el joven se detuvo, fijó su mirada en el cuerpo de Wilhem, y se posó en el suelo; al poco bajó lentamente la vara y procedió a frotarse la pantorrilla izquierda con el extremo de su pie derecho.

—Esto no va a quedar así... —Dijo en otro idioma, pero yo lo entendí.

Luego volvió a elevarse y se alejó, diligente, acompañado de tan tenebroso séquito. Lo último que recuerdo es el resplandor dorado extinguiéndose tras las nubes; supongo que no tardé demasiado en perder el conocimiento.

— Tres —

Después del primer sueño fui llevado junto a Wilhem, quien había recibido un bayonetazo en el abdomen, a los restos del hospital que los alemanes tenían en la pequeña fortaleza de la colina Príncipe Heinrich²⁰; de momento, allí nos mantendríamos a salvo del fuego enemigo. El hospital estaba dividido en tres zonas: la parte exterior, en la que yo había despertado, albergaba a los heridos recién traídos del campo de batalla; la sección principal, en las dos plantas del edificio, estaba destinada a los pacientes que tenían posibilidades de sobrevivir; por último, el subsuelo era el lugar elegido para, casi podríamos decir, almacenar a los heridos más graves, aquellos que seguramente volverían a casa en ataúdes. A esta última zona fuimos llevados Wilhem y yo. Era un lugar tétrico, abandonado, donde el tiempo se resistía a avanzar; nuestra única conexión con el mundo exterior, un ventanuco pegado al techo, apenas dejaba pasar unos rayos de sol durante los escasos intervalos en los que el cielo no estaba nublado o llovía a cántaros. Completaba el ambiente opresivo de aquel hospital el fuerte hedor a naftalina, remanente del incendio que había fulminado los barracones anexos, que irritaba nuestras fosas nasales.

Creo que fue al día siguiente de llegar a Príncipe Heinrich cuando estuvimos hablando de nuestros sueños compartidos. Wilhem, que descendía por parte de madre de la dinastía Hohenzollen, la misma a la que pertenecía el Kaiser Guillermo II, era un hombre culto y

²⁰ En la realidad, Príncipe Heinrich fue tomado por los japoneses unos días antes y no volvió a ser recuperado por los alemanes. Una pequeña concesión histórica.

refinado. Su espíritu aventurero le había llevado a renegar de su holgada vida en la pequeña Alemania, Austria, para alistarse en el ejército de forma voluntaria y pedir ser destinado a las nuevas fronteras del Reich: las colonias del Extremo Oriente. Detrás de aquel uniforme de soldado raso se ocultaba todo un caballero de la célebre y poderosa realeza prusiana que había estudiado Arte y Filosofía y se había interesado desde muy joven por la cultura clásica occidental. Él creía firmemente en la existencia de los dioses a los que rendían culto los hombres de la Antigüedad, y estaba convencido de que, inequívocamente, nuestras visiones eran la señal de que el psicopompos, el dios griego que guía a las almas hacia la otra vida, nos rondaba; según él, todos los indicios apuntaban a que la divinidad, entre cuyos poderes se encontraba el de llevar los sueños a los humanos, se entretenía jugando con nosotros mientras llegaba el momento de nuestra muerte. Me contó, emocionado, que lo presenciado mientras dormíamos había sido un fragmento de la crianza de nuestro nuevo amigo. Después continuó hojeando su *Iliada*²¹. «Tendrá bastante tiempo libre —dijo más tarde—; al fin y al cabo, ya no quedan muchos hombres que crean en estos dioses». Yo refuté su argumentación explicándole cómo, mientras él yacía inconsciente durante la batalla, había visto a decenas de soldados caídos acompañar al dios en procesión hacia la otra vida. ¿Cómo iban todas esas personas a ser creyentes de una religión ya prácticamente muerta? ¿Y yo? «Pues, entonces, Zhang —concluyó—, te puedo asegurar que no existe persona sobre la faz de la Tierra que pueda despejar esta duda que atenaza nuestros corazones²². Pero... de una cosa estoy seguro: se trata de Hermes. ¡Hermes ha venido a buscarnos!»

El segundo sueño fue casi una pesadilla.

Éramos un joven pastor a quien, aprovechando un descuido, alguien robaba tres cabras²³. Como no había ninguna pista que nos permitiera seguir el rastro, decidíamos continuar por el camino deseando que los dioses estuvieran de nuestra parte y nos topásemos con el ladrón más adelante. Andábamos unos siete pies que el terror hacía parecer eternos; el bosque que cruzábamos era célebre por ser el hogar de un poderoso y, al parecer, inmortal león²⁴ que sembraba el caos por los alrededores. Al final llegábamos hasta

²¹ Lectura común entre los soldados de la Primera Guerra Mundial.

²² Es una expresión que me encanta de la *Odisea* traducida por José Luis Calvo en la editorial Cátedra.

²³ «Con ella (con la vara) lleva, como un pastor, por desviados campos unas cabritas que mientras venía había reunido», Ovid. *Met.* I 676-7. La inclusión en la escena del pastor a quien roba parte de esas cabras es un aporte personal. Trad. de Ana Pérez en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

²⁴ Estamos en Nemea, en cuyos bosques habita el famoso león al que Heracles tiene que vencer en su primer trabajo. Fue aquí donde Ío fue transformada en vaca por Zeus para evitar que Hera los sorprendiera

un amplio prado salpicado de olivos y naranjos. Allí, además de la calma, nos esperaba una agradable sorpresa: nuestras cabras estaban sanas y salvas y, como ellas, otras muchas reposaban apaciblemente en una zona cubierta de verde grama. Conteníamos nuestro deseo de correr hacia ellas invadidos por la alegría cuando nuestros ojos descubrían que más allá, al otro lado del limoso río que dividía el prado, descansaban, con sus desnudos cuerpos apoyados sobre una roca, los supuestos ladrones de ovejas. Uno de ellos tocaba la zampoña. A escasos pies, además, veíamos a una hermosa ternera blanca, atada con una soga a un olivo, que observaba inmóvil y expectante a los dos hombres como si esperase que algo sucediera. Decidíamos acercarnos un poco más para comprobar la identidad de los ladrones. Ocultos a una distancia moderada, por fin gozábamos de una visión nítida de la escena. Uno de los presentes, el que tocaba la avena, aquel que lucía una frondosa barba y una melena negra²⁵ y ondulada, no era distinto a un humano en su anatomía; por el contrario, el otro... el otro era un monstruo, una aberración, ¡un engendro! Por cada palmo de su cuerpo tenía la criatura ojos distribuidos; aunque todos cerrados menos uno, en su mentón, que clavando su mirada en el rostro del músico parecía a punto de sucumbir. El hombre barbudo seguía tocando y tocando la zampoña hasta que por fin lograba su propósito.

Inmediatamente tras cerrar el monstruo su último ojo, dejaba el hombre el instrumento y tomaba del suelo la conocida varita para, con un sutil movimiento de esta, sumir a la criatura en un profundo sueño; empuñaba entonces una espada con la otra mano y practicaba un corte limpio sobre la garganta de su inconsciente víctima. Continuaba cortando hasta amputarle la cabeza. Nosotros, horrorizados, no teníamos más remedio que cubrirnos el rostro con nuestras encalladas manos. Un instante después, la voz del asesino sonaba muy cerca...

—Despertad, guerreros, y regresad al tiempo en el que sois.

haciendo el amor; yo he supuesto que allí mismo mandaría Hera a vigilarla al hombre de cien ojos Argos. Además de que varios indicios apuntan a que fue allí donde Hermes mató a Argos, en las *Metamorfosis* se habla de que Ío era visitada por sus gentes, incluso por su padre, y existe una versión del mito que cuenta cómo su propio hermano la llegaba a reconocer; por tanto, debían vivir cerca de donde Ínaco, el padre de Ío, reinaba, y cerca de donde este sería convertido en Oceánida, concretamente el del río Argólide, que se encuentra por la misma zona. Lo cierto es que me parecía romántica la idea de que la vaca Ío bebiera del mismo río que sería consagrado a su propio padre. En cuanto al león de Nemea, he llegado a la conclusión de que, cronológicamente, el mito de Argos es muy anterior al de Heracles; sobre todo por la utilización del epíteto Argifonte cuando Hermes guía a Heracles en su catábasis.

²⁵ Me encantan las representaciones en cerámicas griegas de Hermes en su forma más primitiva como dios con barba y melena negras. Con esto y otros detalles he pretendido reflejar el galimatías que supone la mitología, que es una de las cosas que más me fascinan.

– Cuatro –

No es posible explicar con palabras el impacto que supone abrir los ojos y encontrarse a un dios griego mirándote desde la cómoda en la que está tumbado mientras señala con su varita el ventanuco y dice:

—Atención... ¡Está al llegar!

Ni Wilhem ni yo movimos un solo músculo. Hermes, que mostraba una gran inquietud, se incorporó de la cómoda, se acercó a nosotros y, primero a mí y luego a mi compañero, nos llevó en brazos hasta el ventanuco. Recuerdo haber sentido un cosquilleo, algo casi eléctrico, en el momento en que su dorada, resplandeciente y fragante piel se puso en contacto con la mía; su cuerpo desprendía un calor agradable y orgánico. Cuando me dejó apoyado en la pared, sufrí un profundo y angustioso pesar que nunca se llegó a disipar del todo... Habría pasado el resto de mi vida en sus brazos.

—Dejad que os explique el plan que Zeus Meiliquios²⁶ ha dispuesto para vosotros, oh guerreros de estos tiempos en los que matar al abrigo de la distancia se considera virtuoso. —Empezó bien...— Pero, antes de nada, aceptad mis disculpas por haber testado en vuestras mentes la nueva tecnología de transmutación simultánea a través de la inducción remota de sueños en la que trabajo junto a mi hermana²⁷ a ratos, entre encargo y encargo; estimo que para dentro de unos doscientos años podré dejar que algún famoso científico la invente²⁸. ¡Será espectacular! Aunque para mucho antes tengo preparadas unas cuantas cosas: el teletrófono sin cables, el proyecto ARPANET, y hasta la inclusión del canal sonoro en la cinematografía en poco más de doce años. Ah, ahora que sale el tema: parece que mi reciente aportación a la familia Lumière está teniendo un gran éxito; tendría que haberse inventado antes, pero necesitaba la inestimable ayuda de otro de mis hermanos²⁹, que es quien se ocupa de todo el tema de la imagen y demás, pero como siempre está liado con sus oráculos... Eso sí, es el único del que puedo esperar algo decente; una vez pedí ayuda al extranjero³⁰ y casi me fastidia todo el proyecto. ¡Se trajo a todas las bacantes y

²⁶ Epíteto en el que se refleja la faceta más amable de Zeus: la de protector de aquellos que le rinden culto.

²⁷ Atenea, la experta en transmutaciones.

²⁸ A Hermes se le atribuyen los inventos, especialmente los que tienen que ver con la comunicación.

²⁹ Apolo, dios de la luz (por el cinematógrafo) y de la «imagen».

³⁰ Por supuesto, se trata de Dioniso, dios del teatro y del vino; el «caos» divinizado.

montó una...! Uf, prefiero no acordarme. Ya me lo decía Acaco³¹: «No te fíes de tus hermanos o acabarás en el estómago de alguien».

»Lo siento, guerreros. Sé que no hay tiempo para digresiones. Es que, cuando me pongo logios³²... no hay quien me pare; confieso que últimamente el decoro retórico no es mi fuerte. Entendedme, siempre me tienen de aquí para allá, sin posibilidad de entablar demasiadas conversaciones. Uno se acostumbra a hablar solo, ¿sabéis? Uno se acostumbra a todo. Por cierto, ¿qué os estaba yo contando?

Wilhem fue el primero que consiguió encajar su mandíbula para responder al dios Hermes. Dijo algo como: «Ha-ha-habla-hablaba de...».

—¡Ah, sí! De mi hermana, que siempre está interesada en algún hombre, pero, al final, nada de nada³³... ¡Tranquilos, es broma! Sé que no hablaba de eso. Pero, a decir verdad, lo cierto es que la mayoría de las mujeres que conozco no me traen nada más que problemas; y encima va la náyade aquella³⁴ y se fusiona con uno de mis hijos³⁵... ¡Lo que me faltaba! Menos mal que a otro de ellos es imposible cuestionarle la masculinidad³⁶; bueno, si es que realmente es mi hijo, porque cada uno dice una cosa... —Hermes, tras soltar una carcajada, miró por el ventanuco y vio algo que le hizo adoptar una actitud de, a estas alturas, sorprendente solemnidad.— Creedme, guerreros, diga lo que diga no tengo nada en contra de las mujeres; es más, las amo. Pero a esa... A esa que viene por ahí... A esa no la quiero ni ver.

La tormenta solo había llegado a rozarnos, pero aún se podían oír y sentir los truenos, más allá de Lao Shan, uniéndose en síncopa irregular al estruendo de los obuses que la artillería japonesa proyectaba día y noche contra Tsingtao. Cuando las nubes interrumpieron su llanto y dejaron pasar tímidamente los rayos del sol, un hermoso arco iris comenzó a dibujarse en el cielo.

³¹ Acaco, hijo de Licaón, es considerado por Apolodoro de Atenas en su *Tratado sobre los dioses* como el hombre que educó a Hermes en su infancia. Los demás hijos de Licaón fueron, según algunas versiones, transformados en lobos o fulminados por rayos tras haber servido a Zeus la carne de un niño, posiblemente uno de los hermanos, cuando fue a visitar a Licaón a su palacio.

³² *Lógios* era el epíteto de Hermes como gran orador.

³³ Una simple referencia a la tensión sexual, que subyace entre los versos de la *Odisea*, que envuelve a Atenea, la diosa virgen por excelencia, y Odiseo.

³⁴ Salmacis.

³⁵ Afrodito, quien pasó a ser Hermafrodito cuando fue fusionado con la ninfa Salmacis, quien, cegada por su amor hacia él, lo había atrapado mientras se bañaba en su laguna y pedido a los dioses que les unieran para siempre.

³⁶ Príapo, el dios del pene gigante, cuya ascendencia no está muy clara.

—Habiendo, como hay, infinitas cosas de las que un dios se puede hacer cargo, ¿por qué se empeña en hacer lo mismo que hago yo? Primero se mete a mensajera³⁷ y ahora también a guía de las almas. ¡Esto es indignante! Y todo es culpa de Hera. ¡Todo! Le da caba, le encarga trabajos... Me tiene manía porque siempre he apoyado a mi padre en sus... asuntos³⁸. ¿Sabéis qué ha sido lo último? Es que... es demasiado. Pues resulta que Hera y mi padre han firmado un convenio por el cual el cinco por ciento del producto neto de cada cosecha de almas le pertenece a la indeseable. Para «que la pobre no se sienta marginada», dicen³⁹. ¡Pero ¿no se supone que soy el único que puede entrar y salir a placer del reino de mi tío⁴⁰ «el siniestro»?! Miradla, mortales... Es tan... tan bella...

Llegó deslizándose sobre el espectro iridiscente. Al principio solo era un punto luminoso, dorado, que se movía a una velocidad de vértigo desde el otro extremo del arco iris; en unos segundos, la estilizada silueta de una mujer alada se hizo visible. Era de gran estatura, al igual que Hermes; sus cabellos también rubios y rizados. Portaba bajo uno de sus brazos una vasija de cerámica. Y era... extremadamente bella. Indescriptiblemente bella.

—Oh guerreros, ahora sí que no tenemos tiempo. Escuchad; miradme un momento. — Nos supuso un gran esfuerzo dejar de mirar a la diosa de doradas alas. Hermes, como por arte de magia, hizo aparecer en una de sus manos dos flores de pétalos blancos y gordos tallos negros; similares a la flor del ajo⁴¹.— Tomad estas plantas y comedlas inmediatamente. Confíad en mí, guerreros; la flor *moly* es solo un receptáculo genérico para encantamientos⁴². Su consumo no conlleva peligro alguno; si acaso, que estéis un año disfrutando de la vida sin pensar en nada más, aunque no existen evidencias empíricas que demuestren que aquello fue un efecto secundario⁴³... Conocéis la historia de mi bisnieto⁴⁴ ¿no?

³⁷ En la *Iliada*, sin ir más lejos, aparece Iris como mensajera de los dioses. Especialmente se vincula a Hera.

³⁸ No hace falta especificar a qué tipo de asuntos se refiere.

³⁹ Iris no goza de un papel demasiado importante en la mitología.

⁴⁰ Hades, dios del Inframundo.

⁴¹ De entre las dos líneas de investigación que han tratado de encontrar un equivalente real para la flor *moly*, una de ellas plantea que se podría tratar de una flor de la familia de las Allium.

⁴² Admito que esto me lo he inventado.

⁴³ Casualmente es después de haber comido la flor *moly* cuando Odiseo pasa un año viviendo con Circe hasta que sus compañeros logran convencerle para que regrese a Ítaca.

⁴⁴ El divino Odiseo es nieto de uno de los hijos de Hermes: Autólico.

Wilhem asintió; yo, en cambio, no me enteré de nada. Quizás por ello fuese un poco reticente a ingerir una planta desconocida. A los pocos segundos de tragar un bocado, Wilhem cayó dormido sobre el pecho del dios. Yo aún no sabía que mi amigo jamás volvería a despertar. Pobre Wilhem... Hermes lo tumbó cuidadosamente sobre su cama. Su resplandor dorado se había debilitado y su rostro mostraba una expresión desconcertante; parecía imposible que algo le hiciese dejar de sonreír, pero, sin embargo, sus ojos reflejaban una profunda tristeza. Por primera vez, habló sólo para mí.

—Tu amigo Wilhem ha comido la flor porque cree en mí. ¿Sabes, Zhang? Creer en algo es mucho más que saber que existe; tú sabes que yo existo, pero no te entregas a mí de forma irracional; tú no tienes fe, Zhang. No tienes fe. —Miró por el ventanuco.— Iris no es idiota. Si no ha venido ya es porque espera a alguien más. Vamos a ver...

Abrió una mano y dejó escapar a una abeja que antes no estaba allí. Hermes ocultaba cualquier cosa del mismo modo en que el mago hace desaparecer un naipe bajo su manga; solo que él no tenía mangas, claro. Estuvo unos instantes observando el irregular vuelo de la abeja⁴⁵ mientras esta se alejaba. Después volvió a hablar.

—Hmmm... Conque esas tenemos ¿eh? ¡Pues que así sea! —Se volvió a dirigir a mí. Su tristeza era aun más evidente.— Oh joven guerrero oriental, que luchas en la guerra de otros porque de otros es la guerra que amenaza a tu tierra; escúchame ahora atentamente y acata mis órdenes si es que tu indomeñable corazón no deja que sigas un simple consejo. Hallarás tu hora muy pronto. Iris intentará guiar tu alma hacia el otro mundo, pero antes tendrá que arrebatarme el caduceo⁴⁶. De todos modos, hay una alternativa: si tomas la flor moly, el encantamiento hará que tu psique sea imperceptible para Iris; ella creerá que ya has partido y se marchará sin mediar palabra. Debes saber que viajar con Iris al otro mundo es un peligro; no sería la primera vez que se le pierde alguien... Yo estoy mucho mejor capacitado y tengo más experiencia, llevo siendo guía de las almas desde que era

⁴⁵ «Existen unas veneradas ninfas, hermanas de nacimiento, vírgenes, que se enorgullecen de sus veloces alas y son en número de tres; llevan empolvada de blanca harina la cabeza, tienen sus moradas en un repliegue del Parnaso, y fueron secretamente las maestras del arte adivinatoria [...], se alimentan de panales y llevan a cumplimiento cada uno de sus propósitos. Cuando son agitadas por el furor profético, después de haber comido miel fresca, se prestan benévolamente a decir la verdad; [...] deleita tu ánimo interrogándolas cuidadosamente», en *h.Merc.* vv. 552-65, traducción de José Banqué. Algunos estudiosos creen que Hermes adivina el futuro mediante la observación del vuelo de las abejas.

⁴⁶ Se dice que Iris lleva a veces el caduceo de Hermes. Como es utilizado por el *psicopompos* para guiar a las almas hasta el Hades, he supuesto que también a Iris le haría falta si fuera ese su cometido.

prácticamente un puñado de piedras⁴⁷, por eso viajar conmigo es una garantía de calidad. Además, si me obedeces, a lo mejor puedo hablar con Radamantis⁴⁸ para que te ponga en un rinconcito agradable... O ¿quién sabe? Quizá hasta me dejen catasterizarte⁴⁹... Pero, por favor... ¡Cómete la maldita flor antes de que una serpiente la devore por ti⁵⁰!

—¿Voy a...? ¿Voy a morir? —Añoro aquella sensación...

La flor no era precisamente una delicia. La tragué rápido, pues su sabor resultó ser amargo y desagradable⁵¹, y en unos instantes me invadió un intenso placer. Creo recordar que, mientras me dormía, un suave viento primaveral se empezó a levantar fuera.

– Cinco –

Al principio del tercer sueño yo no era nadie; ni siquiera era yo. Tan sólo asistía como espectador.

Un palacio de arquitectura no euclidiana, hecho de nube, cristal y luz, flotaba majestuoso sobre un robledo⁵² infinito. En su interior, el rey y la reina de los dioses levitaban completamente desnudos por un inmenso espacio; una gran sala cuyo interior no tenía ni paredes, ni suelo, ni techo, ni tiempo. El Universo les rodeaba; pero no era negro, sino luminoso, y todas las galaxias quedaban al alcance de la mano. Apoyada en un jirón de materia cósmica, una espléndida águila⁵³ seguía en alerta cada movimiento del brioso pavo real⁵⁴ que acompañaba a Hera. Ambos eran dioses jóvenes; Zeus robusto y ella esbelta; él

⁴⁷ Del nombre Hermes procede la palabra griega ἕρμα, que alude a los pilares itifálicos y con cabeza de Hermes con que los griegos adornaban sus ciudades y caminos. Estos pilares parecen ser la evolución de los antiguos mojones de piedras de los senderos, en los que cada viajero arrojaba una piedra como señal de que había pasado y pidiendo a los dioses seguridad durante el trayecto. Se cree que Hermes fue un dios ctónico que surgió como daimón vinculado a estos mojones, posiblemente sincretizado desde una mitología anterior.

⁴⁸ Aunque Virgilio describe en la *Eneida* a Radamantis como el juez que castiga a los muertos que han cometido fraude en vida, Homero lo representa como un habitante más del Eliseo (el paraíso griego). Yo me lo imagino como una mezcla de ambos.

⁴⁹ En realidad Hermes no llega a catasterizar a nadie, como sí hace Zeus, pero existe un pequeño mito en el que el dios heraldo coloca sobre la constelación de Aries, por considerarla con poco brillo, tres estrellas que forman la letra griega delta en honor a Zeus (el genitivo de Zeus es Διός).

⁵⁰ Guiño al fascinante *Poema de Gilgamesh*.

⁵¹ Del sabor de un puerro crudo, dicen los que han intentado encontrar el origen de la *moly*... Cuando menos, una curiosa conclusión.

⁵² El roble se le atribuye a Zeus.

⁵³ Símbolo de Zeus.

⁵⁴ Símbolo de Hera. En las plumas de su cola puso la diosa los ojos de Argos.

de níveos cabellos en barba y melena; los de Hera, brunos, manaban de una elegante corona cilíndrica⁵⁵ y se derramaban sobre sus hinchados⁵⁶ senos. La voz de la diosa sonaba como si todas las mujeres del mundo hablaran al unísono; la del dios, por supuesto, como si lo hicieran todos los hombres.

—Tu hijo ha vuelto a hacer una de las tuyas. —Decía ella.

—Oh Hera, querida esposa, la más bella entre las bellas... —Comenzaba a decir Zeus.

—¡Déjate de cuentos! Tu criado⁵⁷ ha seducido a un hombre y ha engañado a otro. A este último le ha hecho creer que si comía la flor cilena⁵⁸ evitaría que la pobre Iris se llevase su alma... ¡Y, por si fuera poco, se niega a prestarle el caduceo!

—Cálmate, mujer. Seguro que todo esto tiene alguna explicación. Eres demasiado dura con el muchacho.

—¡Me odia!

—No te odia...

—¡Que sí!

—Bueno, está bien... Un poquito sí que te detesta... Pero no más de lo normal.

—¿Lo normal?! ¡¿Qué quieres decir?!

—Hera, por favor, no empieces... que tenemos visita. El muchacho malherido al que Hermes ha engañado está aquí, con nosotros, pues así lo he dispuesto. Y ten cuidado con lo que dices, ya que tengo pensado devolverlo a su mundo.

—No puedes hacer eso. —Decía Hera, muy segura de sí misma.

—Sabes que soy justo. Sabes que me pierde recompensar a los que sufren, especialmente si sufren por culpa de alguno de nosotros. Y sabes, hermana mayor⁵⁹, ¡que nadie me dice lo que puedo y no puedo hacer!

⁵⁵ En sus más antiguas representaciones, Hera luce una corona cilíndrica conocida como polos.

⁵⁶ Si Heracles pudo mamar de los pechos de Hera en el mito de la Vía Láctea a pesar de que ella no lo había parido, es de suponer que la diosa del matrimonio está siempre lista para amamantar. De ahí los senos hinchados.

⁵⁷ Hermes es también el patrón de la servidumbre.

⁵⁸ La *moly* florecía en el monte Cilene, donde Hermes nació.

⁵⁹ Entre los hijos que Cronos engulló para evitar que uno de ellos acabara con su reinado, como le profetizaron, se encontraba Hera. Cuando Zeus nació, fue ocultado por su madre Rea y sustituido por una piedra cubierta de pañales, que fue comida por Cronos. Zeus volvió una vez crecido e hizo que Cronos vomitara a sus hijos. Hera es, por consiguiente, hermana mayor de Zeus.

Un rayo⁶⁰ caía muy cerca del pavo real, espantándolo. El águila alzaba el vuelo y lo perseguía por los jirones de Firmamento. Hera se acercaba a su marido, le acariciaba el rostro y le besaba la frente. Luego se abrazaba a él y hablaba con dulzura.

—Depón las armas, querido. No pretendo iniciar una guerra contra ti; sólo quiero que, por una vez, castigues a tu hijo⁶¹. Sus maquinaciones han llegado demasiado lejos. Cuando vio que dos de los cuarenta soldados que tenían que caer aquella tarde en la trinchera no estaban listos para seguirle, y sabiendo que Láquesis y Átropos⁶² esperarían hasta la llegada de Iris, ideó un plan para boicotear nuestro convenio y volver a ser el único guía de las almas. Primero hizo que los soldados soñaran con él utilizando uno de sus artefactos; es decir, se dedicó a jugar con ellos como lo que es... ¡Un niño! Luego visitó a tus hijas, las hilanderas, y les ofreció un succulento trato para que no cortasen las hebras de la vida de aquellos hombres hasta que él las avisara: si le ayudaban, les vendería⁶³ a muy buen precio una de esas ruelas eléctricas con interruptor de marcha invertida y regulador de velocidad, y si aceptaban el trato en menos de quince minutos inventaría para ellas un sistema que introdujera y cortara el hilo automáticamente; las Moiras, claro está, aceptaron de inmediato. Con esas hay que tener cuidado... Encima, yo no sé qué les ocurre, que últimamente parecen no tener muy claro cuándo hacer su trabajo. ¿Sabes que este chico vio cómo Hermes se llevaba el alma de los demás soldados, cuando aún no le tocaba morir? ¡Que también es casualidad! O eso, o no conocemos toda la historia. En todo caso, esos amagos de tijeretazos nos van a buscar la ruina...

»Volviendo a tu hijo: seguidamente bajó al hospital en el que se encontraban los hombres y siguió jugando con ellos mientras hacía tiempo, pues su plan no era otro que matarlos a los dos dándoles de comer flor moly cargada con un hechizo que transmitiría a las hilanderas una señal para indicarles que cortasen sus hebras. ¿Y a que no sabes quién le preparó el encantamiento? ¡Pues tu «sobrina» Hécate⁶⁴, la de siempre⁶⁵! Como comparten

⁶⁰ De todos es sabido que Zeus es el dios del rayo.

⁶¹ En el mito de la crianza de Hermes, después de demostrar Apolo que el niño era culpable de haberle robado las vacas, Zeus lo perdona e incluso lo nombra heraldo de los dioses porque le resulta gracioso.

⁶² Láquesis y Átropos, dos de las Moiras, las diosas del destino en cuya ruela hilan con el hilo de la vida de cada persona. Láquesis es la encargada de medir la longitud de los hilos de la vida; Átropos corta los hilos con unas tijeras.

⁶³ Hermes es el dios del comercio.

⁶⁴ Hécate, diosa madre antiquísima que fue asumida por la mitología griega como hija única de Asteria, una diosa de las estrellas hermana de Leto, con quien Zeus tuvo a Apolo y Artemisa. Es la diosa hechicera.

⁶⁵ He imaginado que Hécate podría haber preparado el contrahechizo para Hermes, el que entrega a Odiseo con la flor *moly*, para fastidiar a Circe. Seguramente Hécate se sentiría molesta por ser confundida con la madre de Circe y porque muchos pensarán que los poderes de la diosa de Eea se debían a ella, cuando en

afición por los rebaños y las vacadas⁶⁶... Total, que al final, resulta que lo que buscaba era llevarse sus almas justo en el momento en que llegase Iris para reivindicar que él es, y nadie más, el dios que puede entrar y salir del Inframundo a placer, exceptuando al «independiente» de tu hermano y a tu hija⁶⁷, de la que mejor ni hablamos. Pero, claro, cuando vio que mi protegida venía acompañada de su marido⁶⁸... se dio cuenta de que el asunto se le escapaba de las manos y decidió acabar cuanto antes; así que mintió al soldado que quedaba para que se comiera la moly.

»Mientras tanto, las Moiras se estaban peleando porque una quería ir de vacaciones a un sitio, otra a otro, y la tercera, Cloto⁶⁹, se sentía mal por haber aceptado la oferta de Hermes; por eso, cuando les tocaba dar el tijeretazo, ninguna de las tres se percató de la señal. La pobre Cloto vino y me contó parte del asunto... Tu hijo, al ver que no aparecía el alma del muchacho, se llevó la del otro y pasó por delante de Iris y Céfiro pavoneándose. Iris, enfadada, le recordó suavemente que era su turno para el caduceo, que se lo diera y le dejara guiar a la psique hasta el Hades... ¡Y él se negó! ¡¿Cómo puede ser tan descarado?! ¡Lo tienes demasiado consentido! No te voy a pedir que castigues a las Moiras, pues aún no está muy claro hasta qué punto son capaces de fastidiarnos a nosotros mismos y tenemos que tragar con lo que nos echen⁷⁰... Pero a Hermes...

Zeus deliberaba sobre el asunto durante unos segundos. Su mujer seguía abrazada a él, acariciando sus mejillas y dando sutiles tirones al bello de sus marcados pectorales. Finalmente, Zeus decía:

—He tomado una determinación.

En ese momento yo aparecía en la escena. Mi tamaño, comparado con el de aquellos dioses, debía equivaler al de una manzana al lado de un humano. El rey de los dioses levantaba una mano y gritaba:

—¡Ninfas! ¡Hijas mías! ¡Traed el aceite de ambrosía!

Una multitud de hermosas mujeres, todas ellas desnudas, entraban riendo, cantando y bailando en el aire. Zeus les hacía una señal y ellas, inmediatamente, se acercaban y

realidad todo habría sido un malentendido suscitado por el nombre de la madre de Circe, Perseis, que también es el apodo de Hécate por ser hija del titánide Perses.

⁶⁶ Hécate tiene ciertos paralelismos con Hermes, como su viejo papel de guía para los viajeros, gobernadora de las puertas o el poder de aumentar el ganado.

⁶⁷ Perséfone, la reina del Inframundo; hija de Zeus a la que Hades raptó para desposarla.

⁶⁸ Céfiro, el dios del viento del oeste, el más suave de todos y llamado mensajero de la primavera.

⁶⁹ La encargada de introducir el hilo en la rueca.

⁷⁰ Supuestamente, incluso los propios dioses están sujetos a sus designios.

comenzaban a aplicar sobre mi piel un refrescante unguento. Frotaban contra mi cuerpo los suyos, perfectos, de tamaño humano y proporciones ideales. Ungían cada centímetro de mi piel en aquel aceite de aromas frutales. Mas no me dejaban beberlo, como hubiera deseado. Entre tanto, Zeus y Hera, abrazados, me miraban sin articular palabra. Cuando las Ninfas terminaban su trabajo, el dios hablaba.

—Oh Hera, querida esposa, la más bella entre las bellas. —Esta vez no le interrumpía.—El soldado regresará a su hogar y tendrá una larga vida; su juventud será inmarcesible⁷¹, pero no así su existencia. Un día, mi hijo se encargará de llevarle al reino de mi hermano; hasta entonces, ningún alma será guiada por Hermes y el caduceo estará de forma permanente en manos de Iris. Con eso será suficiente, ya que el delito no ha sido tan grave; recuerda, Hera, que la hora de los mortales ya había llegado. En cuanto a las Moiras, si osan cortar el hilo del muchacho antes de tiempo... se las verán conmigo. Pero eso no va a pasar. —Zeus me miraba a mí.—Regresa a tu mundo, joven. Siento no poder devolverte a tu amigo. Aunque no lo creas, nosotros también estamos sujetos a ciertas reglas. Pero, no te preocupes; me aseguraré de que lo acojan en el Elíseo. Me deben algún que otro favor. Él podrá decidir si volver o quedarse. Ahora... Regresa y goza de la juventud perpetua. ¡Que tengas una gran descendencia!

Y desperté.

– Sine Die –

La batalla de Tsingtao terminó pocos días después. En total, novecientos quince personas perdieron la vida. Los japoneses tomaron el puerto y, finalmente, se hicieron con el control de mi ciudad. Poco después, tras el término de la Gran Guerra, el Tratado de Versalles permitiría a Japón expandirse por mi país libremente gozando de total impunidad ante las barbaridades que llevarían a cabo. Tsingtao, la última base alemana en el Pacífico, supuso para los nipones una gran oportunidad que supieron aprovechar; gracias a su toma, sus poderes político y económico se multiplicaron como la espuma. En 1921, los británicos les retiraron su apoyo en vista de la sangrienta forma que adoptaba su expansión colonial; en 1933, Japón fue expulsado de la Sociedad de Naciones; y, a partir de 1937, comenzó la Segunda Guerra Sino-Japonesa, conocida por mi gente como la Guerra de Resistencia Anti-Japonesa del Pueblo de China, que se prolongaría hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945; a partir de entonces, con la salida de los japoneses de China, la inestabilidad política del país allanaría el camino para que estallara la terrible guerra civil

⁷¹ En un estudio sobre la ambrosía se insinúa que podría ser un aceite y que, de ser untado y no ingerido, no haría inmortal pero sí eternamente joven.

entre el partido nacionalista y el comunista, a la que se pondría fin en 1950 con la división de la China continental y Taiwán.

En cuanto a mí, regresé a Tsingtao, actualmente llamada Qingdao, tras una larga vida viajando por el mundo. Me casé con Aiko, una japonesa, y establecí mi acogedor hogar muy cerca de las trincheras en las que conocí a Wilhem. Mis hijos se criaron aquí, pero poco a poco se fueron marchando.

El primero en morir fue Tôshi. Mi esposa y yo lo lloramos juntos. Desgraciadamente, ella no soportó el dolor. Años después de la muerte de Aiko empecé a recibir una a una las noticias de los fallecimientos de mis hijos. No he vuelto a casarme.

Últimamente paso las tardes mirando desde mi balcón hacia la colina de Príncipe Heinrich. Soy un anciano, en el cuerpo de un muchacho, que no desea otra cosa sino ver aparecer entre las nubes un resplandor dorado.

Y es que, aun sabiendo que existen... cuesta creer en los dioses.



ODISEO Y NAUSÍCAA

Daniel Martínez Parra

Odiseo, Nausícaa y el Coro en el lavadero. Aparición de Odiseo.

(Entra Odiseo semidesnudo y desorientado. Nausícaa⁷² permanece en pie; contempla dubitativa.)

CORO.— ¡Un hombre desnudo ha aparecido y avanza como el montaraz león! ¿Qué intenciones guarda en su ancho pecho? Un extranjero desconocido para las hermosas

⁷² Nausícaa es la hija del rey Alcínoo, rey de todos los feacios. Hay que recordar que Odiseo llegó náufrago a la isla de los feacios tras partir de Ogigia, hogar de la ninfa Calipso. Posidón, al ver al héroe, derribó su embarcación y Odiseo fue socorrido por la deidad Ino hasta las costas de los feacios. Allí, Atenea se encargó de dirigir a la princesa Nausícaa, junto con sus doncellas, para que se encontrase con el náufrago Odiseo.

doncellas que poblamos esta tierra de marineros. ¿Quién eres extranjero que te acercas así ante nosotras? Preséntate o huiremos de tus aviesas intenciones.

(El coro danza escandalizado.)

ODISEO.— ¡Yo te imploro, oh reina, seas diosa o mortal! Semejante eres en belleza y en grandeza a Artemis⁷³; mas, si naciste de los hombres que moran la tierra, dichosos sean tus padres que pueden agraciarse con tu hermosura; que nunca ante mis ojos contemplé una dama como vos y me infunde respeto abrazar tus rodillas para pedirte hospitalidad. Así puedas apiadarte de este pobre desgraciado, que yace exhausto por el arbitrio de las deidades.

NAUSÍCAA.— Forastero, ya que no me pareces vil, te confío la posibilidad de que me hables; que ante mí has aparecido en un estado deplorable y bien podrías asemejarte a un lobo hambriento deseando echarse sobre el cordero inocente. Pero algo tienen tus ojos que me inquietan, que no son ojos mezquinos, sino que conservan restos de virtud y profunda valentía.

CORIFEO.— Señora, sea cauta, pues náufragos pueden llegar a estas costas lejanas y no sabemos nada de su pasado ni de sus intenciones.

NAUSÍCAA.— Deteneos esclavas ¿Adónde huís? No habrá un mortal que venga a hostilizar la tierra de los feacios, que somos queridos por los dioses y vivimos apartados de los hombres. Este pobre infeliz viene extraviado y en su trato no veo rastro de aviesas intenciones. Mas ¿Puedo confiar en ti, extranjero?

ODISEO.— Bien hablas de mi deplorable aspecto y es cierto que no luzco nobles galas, en contraste con vuestra divina hermosura, pero puedes confiar en mi palabra si te digo que mis intenciones no son lascivas y que, si me encuentro en este estado, es por el arbitrio de las deidades inmortales; que naufragué frente a estas costas y poco pude hacer para evitar que la marea me arrebatase mis dignas vestimentas y me cubriese de este sarro que tanto afea mis virtudes.

NAUSÍCAA.— Tu discurso es conmovedor, extranjero, y mueve mi compasión. De forma que procederé a ayudarte y ordenaré a mis esclavas que te atiendan, para que pulan tu figura y saquen a relucir esas lustrosas virtudes de las que hablas.

⁷³ Ártemis es la hermana de Apolo, que nació de la unión entre Zeus y Leto. Era una diosa virgen, relacionada con la caza y con el mundo de lo salvaje y lo natural. Odiseo, por su estado y el lugar donde se encuentra, relaciona a Nausícaa con Artemis. El héroe se presenta recurriendo a las fórmulas típicas de súplica y de hospitalidad griegas para prevenir problemas, de los que ha aprendido a lo largo de su viaje, y para ganarse la confianza de la joven con la palabra, en contraste con el estado de náufrago que presenta.

CORO.— ¿Cuál será la nobleza de este extranjero? ¿Cuál será su misterioso pasado y sus intenciones? Tendremos que asearle para así darle lustro y que nos desvele sus secretos.

(Fragmento del agón final entre Nausícaa y Atenea.)

ATENEA.— No llores más, hermosa Nausícaa, la de níveos brazos. No imploras a la parca para que alivie el dolor que te azota por dentro y te ahoga en lágrimas.

NAUSÍCAA.— Oh divina Atenea⁷⁴ de ojos grandes y claros, sabia entre los inmortales. Tu presencia hace humilde mi llanto, mas lamento este estado en el que me encuentro, que no es el propio para recibir a una deidad como vos. Por dentro estoy muriendo en vida y aunque mi corazón sigue latiendo, hace rato que quebró y su dolor se asemeja al de una daga que atraviesa mi pecho pálido. Así, me estoy desangrando por dentro y mis lágrimas son el suero de esa herida latente y mortal.

ATENEA.— Veo que tu dolor podría compararse con el de los héroes, que mueren en combate de frente, heridos por las nobles lanzas. Pero quisiera advertirte para que razones sobre la marcha del deiforme héroe del que te has quedado prendada. El cual no es otro que el divinal Odiseo, señor de Ítaca, que años atrás luchó en la sagrada Ilión junto con los danaos y, desde su partida, ha sufrido la constante lucha contra los elementos y la arbitrariedad de los inmortales dioses; entre ellos la hostilidad del altísimo Poseidón por cegar el héroe a su hijo, el cíclope Polifemo⁷⁵. Durante años ha errado el sufridor Odiseo por el rojizo ponto, sufriendo por añorar su patria y a su esposa Penélope⁷⁶, que le aguarda

⁷⁴ La diosa Atenea, hija de Zeus, es la principal benefactora de Odiseo y a lo largo de toda la Odisea lucha y emplea sus artimañas, en paralelismo con las virtudes del propio héroe, lo que produce una identificación entre ambos personajes, para la buena consecución del destino de Odiseo. Desde un principio, Nausícaa es presa de las artes de la diosa, que utiliza a la joven para salvaguardar la seguridad del héroe y facilitar, así, el acceso de éste a la corte de los feacios. En el proceso, la Odisea nos plantea un más que posible afecto que brota en la joven hacia el héroe. Odiseo no corresponde a Nausícaa en ningún momento y ella muestra siempre una conducta correcta y bien situada; no obstante, debido a la tensión latente que parece crearse entre ellos, resulta fascinante indagar en los sentimientos de la princesa, más allá del propio relato homérico.

⁷⁵ Polifemo es el cíclope, hijo de Poseidón, al que Odiseo, junto con sus hombres, se enfrenta en un estadio temprano del viaje de regreso. Es el mismo héroe el que ejerce de aedo y relata estos primeros cantos de su viaje de viva voz en la corte de los feacios, al ser llevado a revelar su identidad tras los cantos de Demódoco, el aedo de la corte, sobre la Guerra de Troya. Odiseo dejó ciego al cíclope y, en un acto de jactancia, en su huida, reveló su nombre. Esto hará que se granjee la ira de Poseidón, que le perjudicará a lo largo de todo su viaje de regreso.

⁷⁶ Penélope y Telémaco son la esposa y el hijo de Odiseo, que aguardan en Ítaca el regreso del héroe. Uno de los principales motivos por los que la diosa Atena consigue convencer a los demás dioses de que la

impaciente en su ilustre casa. Y no solo eso, hermosa Nausícaa, sino que numerosos pretendientes la asedian a ella y a su hijo, el deiforme Telémaco⁷⁷, y los dioses nos apiadamos de la situación del Laertida Odiseo, pues no sabemos la tragedia que puede manifestarse en su casa en tal desafortunada situación. Entiende, joven Nausícaa, de belleza comparable a la de los inmortales, que en el destino del héroe que ahora habita en tu morada está la marcha urgente a su patria.

NAUSÍCAA.— Oh, sabia Atenea de ojos claros, que me honras con tus palabras y veo en ellas la sabiduría propia de una deidad. Si ese héroe era el divinal Odiseo, mi corazón sufre un vuelco al pensar que he tenido tan cerca de mis propios labios a un hombre de tal ilustre virtud y noble linaje. Valeroso y sufridor⁷⁸ Odiseo, cuyas palabras son tan dulces como la miel dorada que se vierte en el rojizo vino. Yo solo soy una humilde mortal que no puede interponerse en el designio del destino; mas, divina Atenea, mi sufrimiento me aflige, pues no hay razonables palabras que puedan calmar el dolor que ahora mismo me sangra por dentro. Los sentimientos enturbian mi juicio y ahogan mi mente y, como poseídos por una rabieta, mis miembros quieren golpear la celda en la que la fatalidad me ha situado y que me separa del deiforme Odiseo. Largos años he esperado a un hombre como él, tan alto e ilustre, y mi corazón ahora tiene que dejarle marchar y llora, ¡llora desconsolado, divina Atenea! Y yo permaneceré sola en esta lejana tierra viendo como se aleja de mi lado para siempre. ¿Acaso no soy merecedora de amarle? He sido educada en las nobles artes y puedo cubrirle de todo mi amor, y de todos mis esfuerzos para brindarle la felicidad que un héroe de tal virtud se merece. Mas, si él jamás será feliz así conmigo, mejor dejarle marchar y que vuelva a su amada tierra. Yo quedaré aquí sola y desearé la muerte que marchite mi estéril belleza.

ayuda a Odiseo es necesaria, se debe a la situación en el hogar del héroe durante la ausencia de éste. Se trata de una situación muy delicada, pues numerosos pretendientes han invadido la hacienda de Odiseo y buscan la mano de su esposa para ganar el poder de la ciudad. Se establece un paralelismo entre la tragedia sucedida en la casa de Agamenón y la que puede suceder en la casa de Odiseo; los dioses pretenden prevenir un segundo desenlace fatal.

⁷⁷ Telémaco, impulsado por Atenea, protagonizará los primeros cantos de la Odisea, al salir a buscar noticias de su desaparecido padre en los dominios de otros caudillos griegos que participaron en la Guerra de Troya. Estos cantos sirven para introducir al lector la imagen gloriosa del héroe, siendo presentado por otros personajes.

⁷⁸ Una de las características principales de Odiseo es la de su astucia, seguida de la de sufridor. El héroe lleva sufriendo, más que ningún otro griego, el viaje de regreso hacia su patria durante largo tiempo, sin que éste parezca tener final. De ahí ha pasado al lenguaje popular la expresión «ha vivido una Odisea» como ejemplo de un periplo o lance prolongado, especialmente caracterizado por estar acompañado de sufrimiento.

ATENEA.— No te dejes vencer por esas palabras tan nefastas que pronuncias, hermosa Nausícaa, que eres muy joven y hermosa, y el designio del destino es esquivo hasta para los sempiternos dioses. Otros hombres ilustres arribarán a estas tierras y te darán oportunidad de amar y de ser amada, que los mortales no poseéis la visión que los dioses tenemos de las vidas que nacen, crecen y mueren. Observando a los hombres he visto como su devenir va y viene, y a lo largo de una vida mortal lo que les hubo de parecer igual a terribles tragedias, al final adoptó el peso de una simple anécdota. El inexorable destino es el que se pronuncia y sabios e inteligentísimos son los que aprenden a escuchar y a aceptar su voluntad.